

Un minuto para vivir

Angie Nathaly Bernal Pérez

Estudiante de Comunicación Social

Universidad Mariana

6:01 a. m. Me levanté de la cama pegado al reflejo; este siguió mis pasos aproximadamente tres cuadras; tomé el bus y en la radio sonó el noticiero; voy tarde; corro desde la esquina al trabajo sin mirar los carros, pues también me preocupa el país; en la mente termina retumbando la flacidez que tengo en las piernas.

8:01 a. m. Piso la oficina y el jefe tiene puesto un bléiser negro; sus medias son del equipo de fútbol favorito de todos los trabajadores; renegando lo lento del tiempo, se hicieron las 8:37 a. m. Entonces, conecté el computador y lo encendí; estaba lleno de notificaciones, multas y, por último, una entrevista extranjera para el director.

9:01 a. m. Desde el vientre se quebró una parte del reflejo; al parecer, me perforó un intestino; corrí al baño; entré al incorrecto, porque la señora de la recepción golpeaba arrebatadamente en esa puerta de madera; apagué la luz, abrí el agua, me acosté en las cuatro baldosas; cerré los ojos e intenté encontrar en el miedo, una gota de tranquilidad; por la boca, el iris y los oídos salía sangre fresca; se bañó el blanco del suelo de rojo pasión; al momento perdí la conciencia y el espacio tiempo.

Ya eran las 12:01 p. m. Doña Rosa, la señora de la cafetería, una buena amiga durante años, se dio cuenta de mi ausencia; era raro que faltara al trabajo; por un orificio que tenía vista al baño me observó colapsando; gritó asustada al jefe; él llamó a los bomberos; cuando llegaron, se percataron que tenían que destruir la pared, porque si empujaban la puerta me iban a terminar de enterrar el reflejo quebrado.

1:01 p. m. Entonces, contactaron a la fuerza armada para poder poner un explosivo y tirar dicha fortaleza; todo fue en vano; eso solo haría que se quedaran sin luz eléctrica.

A las 2:01 de la tarde, la mitad de la ciudad se había enterado del suceso; periodistas grababan la escena tan desafortunada; unos gritaban angustiados: “traigan a la milicia para que dispare a las cerraduras”; otros llamaron a un cura para que hiciera una cadena de oración o para que me diera los santos óleos de una vez.

A las 3:01 p. m. llegaron unos investigadores que se dedicaron a observar el número de posibilidades y las características; enfocaron el hecho del por qué yo, siendo un hombre sin causas, había entrado a un baño de mujeres y, debido a eso se desencadenó mi desafortunada vida.

4:01 p. m. En el lugar se formó una multitud de espectadores; un grupo feminista empezó a cantar un coro aludiendo a la igualdad; luego la fuerza armada arremetió contra ellas y se formó una trifulca a la que se unió la milicia; prendieron fuego al lugar; los bomberos llenaron de agua las salas y oficinas; el jefe perdió una de sus medias favoritas, cinco botones y todas sus computadoras; lo sucedido ya era noticia mundial; los hashtag en las redes eran cada vez más: #saquen a ese hombre del baño; #el baño más peligroso de la historia; #el fin ha llegado.

10:01 p. m. Yo ya había muerto; el reflejo se había consumido conmigo; ya no había sangre o dolores; los recuerdos habían pasado a otros planos; aun así, mi espíritu seguía inconsciente en el limbo, buscando poseer algún medio y contar la verdad.

A las 12:00 de la noche, en el baño se escucharon sonidos fuertes, gruñidos al principio, para luego pasar a sollozos de bebé; un niño de cuatro o cinco años abrió la puerta atorada; se robó un minuto el espectáculo, mientras todos expectantes sacaban sus celulares para grabar; este, con la voz inocente exclamó: “hay que jugar en esa piscina de agua, bajar los resbaladeros hechos con armas, dormir en la casita formada en escombros; quiero volver a casa con mamá; estuve jugando durante mucho tiempo en el baño”.

A la 1:01 a. m. el jefe dijo: “es mi hijo, ¡no lo graben o los denunciaré!, infelices, quién es capaz de hacer este tipo de bromas”.

Cuando dieron las 2:01 de la mañana, el avión despegó; entre murmullos escuché “bienvenidos a la aerolínea Un Minuto de Vida; prepárense para esta nueva aventura en las islas griegas; recuerden abrocharse sus cinturones y, las salidas de emergencia son...”

Así es; a las 6:01 a. m. desperté con más de cien mil dólares en mi cuenta; en la isla me esperaban los trabajadores que atenderían la nueva empresa que conformé; llegarían a las 8:01 a. m. Salí para la oficina.

9:01 a. m. Como las noticias son pasajeras, se formó una cadena para buscar mi paradero: “por la plata baila el perro” decía mamá; tres de los ocho trabajadores se vistieron de Judas y revelaron la ubicación en donde yo soñaba con rehacer mi vida.

12:01 p. m. Corrí hacia la selva sin mirar atrás; un minuto más pensando y, me atraparían.